

Por lo que no se suicidó Stefan Zweig

“Creo que ha llegado el momento de poner fin a una vida que estuvo dedicada únicamente a la tarea espiritual de considerar la libertad humana y la mía propia como la mayor riqueza del mundo”.

(Del saludo de Zweig a Claudio de Souza).

Por muchas causas puede alguno suicidarse. Puede ser a causa de una crisis aguda de angustia patológica; puede ser que Hitler le entregue una pistola para el suicidio; puede ser que aspire a la publicidad de su retrato en la prensa amarilla; puede que se haga el “hara-kiri” en homenaje idólatrico a su emperador y señor, etc.

Hay, en cambio, algunas causas por las que nadie se suicida, porque es absolutamente imposible que ellas lleven al suicidio. Son, entre otras, *el amor*, pese a las cartas póstumas de algunos amantes que se creen irremediamente privados de su amor, y *la libertad*, pese a la autoridad del desgraciado señor Zweig.

Por amor se puede perder la vida. El amor, que “es más fuerte que la muerte” no se arredra ante el peligro ni ante la muerte segura; “no hay amor superior al de dar la vida por el amigo”; “el buen pastor es el que da la vida por sus ovejas”. El que muere por amor es llamado mártir y el que no tiene suficiente amor para sufrir con paciencia las adversidades y flaquezas del amado, se llama suicida. Quien sí ama, da hasta su vida, si es posible, por el bien del amado. El amante suicida echa a perder su propia vida por la satisfacción de llevar al corazón del amado el dolor del remordimiento.

Por la libertad se puede perder la vida. Por no aceptar las exigencias idolátricas de los emperadores romanos, los mártires perdieron la vida. Por seguir libremente a Cristo mueren, en todo tiempo, cristianos, víctimas de poderosos rivales de Dios, mientras que muchos otros, por conservar la vida aceptan pensar y obrar al gusto de los dispensadores de gajes, de honras y de empleos.

Quien sí es libre, estima que su vida es tanto más necesaria cuanto más en peligro está la libertad, necesaria para emplearla en la lucha contra el tirano. Quien sólo es un usufructuario de la libertad, que otros merecieron, se desespera y se suicida cuando se ve privado de su usufructo. Y, al emplear la libertad en darse muerte, demuestra el empleo que de ella siempre se hizo: sembrar tinieblas y desolación en los demás. Un hombre así, cuando su zona de influencia se reduce, vuelve contra sí mismo las armas de su tedio. El diablo va a querer suicidarse después del juicio final.

Zweig dice que le han quitado la libertad; del amor verdadero se afirma que es inalienable:

“...No es amor

“El que se altera si encuentra alteración

“O el que aparta de sí a quien lo aparta”.

Tampoco es libertad la que otros dan o quitan, sino la que, en el impenetrable recinto del hombre interior, dirige la marcha hacia su Bien Supremo, sin dejarse estorbar por temor alguno. “No temáis”, es la orden para los cristianos, “No temáis a los que matan el cuerpo y nada pueden hacer con el alma”. La libertad, o es del alma inmortal, o es sólo un pretexto para eludir las exigencias de la realidad; un pretexto para decir y hacer lo que venga en gana, sin cuidarse de las normas que la realidad impone a la razón y a la voluntad.

Hay un amor que ante ningún obstáculo se ha detenido; que no se ha enfriado, a pesar de la indiferencia y aún del odio de sus amados; que es indestructible porque es una Persona divina: es el Amor de Dios para los hombres, que es una persona cuyo nombre es: Espíritu o *Paráclito*. Y hay

una libertad libérrima, intrabable, libertad que es la última explicación de la existencia del mundo tal cual es, en vez de ser de otros modos posibles: es la libertad de Dios.

Nosotros, cristianos, somos invitados a “ser imitadores de Dios”, a fuer de hijos suyos. Nuestro amor y nuestra libertad sólo serán inalienables si son el amor y la libertad de Dios, nuestro Padre y ejemplar.

En cuanto a Stefan Zweig, él se dio muerte como otros tantos, por causas que ningún otro hombre sabe; pero sí sabemos que no fue por la libertad, como lo dejó dicho, sin otro resultado que desprestigiar la libertad. Por la libertad, como por el amor, lo repetimos, es posible dar la vida pero no quitársela. En nuestra curiosidad ante el suicidio de los desgraciados esposos, sólo llegamos a saber que no pudo ser por la noble causa que ellos invocaron.

HERNAN VERGARA DELGADO
Profesor de Psicología Experimental
en el Colegio Mayor de Nuestra
Señora del Rosario.

